




LA CARICIA DE LA MEDUSA



Óscar Millán Vivancos

LA CARICIA DE LA
MEDUSA





Primera edición: abril de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Óscar Millán Vivancos

© Fotografía del autor: Alba Martín Roig

ISBN: 978-84-17362-40-9

ISBN digital:978-84-17362-41-6

Depósito legal: M-9005-2018

Editorial Adarve


C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España



*A Cati, merengue de mis días.
A mi madre, mi hermano y mis hermanas
porque se leen mis escritos.
A Asun, Pere, Albert y Sofía, compañeros eternos (o casi).*



ÍNDICE

PRÓLOGO	11
PREFACIO A <i>LA CARICIA DE LA MEDUSA</i> ...	13
PRIMERA PARTE: LA CARICIA	15
SEGUNDA PARTE: LA HERIDA	75



PRÓLOGO

Prologar es como abrir el apetito. El prólogo no es comestible, pero tiene que hacer apetecible el manjar que se avecina, ir adelantando su aroma irresistible, su color y buqué exquisitos, su seductora presentación en plato que incentive al lector a devorar la obra que tiene entre sus manos. Eso es lo que me propongo en estas líneas, abrir el apetito intentando explicar qué es *La caricia de la medusa*, la última novela de Óscar Millán.

Debo decir que Óscar es amigo personal y que cuando me pidió que prologara su criatura no lo dudé un segundo. Por eso, antes de empezar me gustaría hablar del autor.

Le conocí en un piso muy similar al que describe la novela. Por aquel entonces yo era muy joven y él, que me sacaba unos años, muy misterioso, siempre vestido de negro con los pelos alborotados, diciendo cosas inapropiadas, siendo inapropiado, siendo encantador. Había venido con su hermana y otros amigos comunes a tomar algo. Eran principios de los noventa y su juventud y frescura se habían apoderado de él; y creo, sinceramente, que nunca lo han abandonado. El autor siempre ha sido eso, un joven eterno, fresco, impaciente, libre, culto y reflexivo. Años después, cuando era yo el que buscaba piso, se me presentó como compañero irremediable y entonces pude comprobar que no había perdido un ápice de su esencia, una esencia que, de algún modo, es lo que transmite esta novela, y que de algún modo más lejano aún, intento explicar.

La caricia de la medusa es una obra que se enmarca bien en la producción de Óscar Millán. Toca sus temas fetiche, encaja bien en su universo literario, y afilando más la mirada, aborda el tema del final de la juventud, ese momento en que se está a punto de entrar en la edad adulta, justo antes de hipotecarse, casarse, tener un hijo; esos últimos coletazos de libertad, de inseguridades, de reflexión y crítica puras.

Con un lenguaje sencillo, fulminante, directo, una mezcla, diría yo, entre Hemingway y John Barry, Óscar nos sumerge en una época in-

determinada, que, aunque se sabe actual (pues aparece la red social de WhatsApp) podría ser en realidad todas las épocas o cualquier época. Atemporal, con un regusto ochentero, porque el tiempo en esta novela, aunque presente, parece que retrocede y se esfuma y evapora y hasta se congela. Y nunca llega la madurez... sino que la juventud se alarga y queda en suspenso esperando a ser rescatada no se sabe por quién ni por dónde.

Entre sus reflexiones encontramos la problemática del yo, las tribus urbanas, las relaciones de pareja, la identidad perdida, la juventud, los primeros amores, la adolescencia y la primera edad adulta. Otros temas que toca Óscar: los vampiros emocionales, la energía positiva y negativa, los que cuidan y los que se dejan cuidar como sanguijuelas.

Al principio estas reflexiones son eclipsadas por el desamor, el ser dejado, abandonado, como si eso lo copase todo, lo ocupara todo, el espacio de la novela reducido a un duelo, con frases lapidarias como: «cuando el amor no es mutuo no sirve más que para molestar». Pero lentamente se van imponiendo sus otras obsesiones. El trauma, la paternidad, las parejas sin hijos. Y el telón de fondo: la vida en Mallorca, el turismo, la masificación, el trabajo precario de la juventud. No hay un argumento clásico como tal, sino el discurrir de la vida de sus personajes, cosa que a veces, como el presente caso, es el mejor argumento. Ya hemos dicho que aborda el momento justo antes de la madurez: antes de un trabajo fijo, un matrimonio con hijos, un monovolumen. Antes del resto de nuestra vida. Ese es el punto de corte que ha elegido Óscar para su novela. Algo triste y alegre al mismo tiempo, que desprende cierta melancolía sin saber exactamente de dónde proviene. La última juventud, el último verano, el tiempo que se escapa inasible entre los dedos mientras intentamos contenerlo con gestos imposibles, y al final, entramos en la vida adulta como un cuchillo en la mantequilla, de manera inevitable.

Esa es *La caricia de la medusa*.

ÓSCAR BENITO RODRÍGUEZ

PREFACIO a *La caricia de la medusa*

Debo reconocer que me gustan las sorpresas, que sucedan cosas que no esperas, que se cambie el ritmo de los acontecimientos que uno se plantea de antemano. Siempre hay algo de misterio en cómo suceden estas cosas. Encontrarme con esta obra ha sido una de esas sorpresas. Respirar un aire distinto al que uno está acostumbrado en su cotidiano quehacer. Leer algo de lo que habitualmente uno no lee. Empezar a leer y querer continuar leyendo hasta el final.

Tenemos aquí una obra que trata sobre las formas de amarse y relacionarse de algunas personas. No nos encontramos con profundas explicaciones ni grandilocuentes descripciones del amor o las relaciones. Lo que uno se encuentra en este libro son algunos lugares comunes en el trato con estos sentimientos. Pero precisamente por comunes son la base desde la cual uno puede reconocerlos.

Es sabido que para profundizar en algo hay que ir reconociendo lo que hay en la superficie. Esta obra, por tanto, se muestra como una posible puerta de entrada para poder ir profundizando en sentimientos como el amor.

A medida que uno va leyendo puede ir reconociendo los sentimientos de los personajes como si los hubiera vivido alguna vez en su propia vida, o como si hubiera pensado algunos de sus pensamientos. Lo que ellos sienten, de una manera u otra, lo hemos sentido o vivido nosotros mismos. Cada uno con nuestros diversos contextos de vida podemos conectar con esos lugares comunes en los que discurren los protagonistas de la obra. Y en ese reconocimiento puede estar el inicio para profundizar tanto en los propios sentimientos como en imaginar por dónde discurrirían los cauces emocionales de los personajes.

Todas las relaciones que se establecen en la obra transcurren con el telón de fondo de retazos del contexto cultural y político de Mallorca. No nos encontramos con un análisis concienzudo de la realidad socio-política mallorquina, sino más bien con la situación social en la que

tienen que desarrollar sus emociones los protagonistas. Este contexto sirve para ubicarlos en un lugar concreto, para reconocernos en él los que vivimos en la isla y para que conozcan algo de ella los demás.

Nos queda, pues, dejarnos acariciar por la medusa y ver la reacción que nos produce, cómo notamos esa caricia y qué emociones se despiertan en nosotros al leer sobre las relaciones emocionales que viven los personajes.

Miguel Ángel Seguí

PRIMERA PARTE: LA CARICIA



A Hugo le gustaba Marta... Rectifico. (Decir que a Hugo le gustaba Marta sería decir poco.) Hugo estaba completamente enamorado de Marta. Quedó totalmente embobado en el primer instante en que la vio, pero nunca le confesó sus sentimientos. Jamás de los jamases. Además, no importaba, porque a Hugo, realmente, le gustaban todas (o casi). Posiblemente Hugo también le hizo «tilín» a ella. Le debió de parecer un chico muy interesante y atractivo. Solamente ver a Hugo y su tez morena, sin lugar a dudas, ya alegraba el espíritu de la chica cada vez que coincidían en algún lugar, pero lo cierto fue que ninguno de los dos abrió la boca, en ningún momento, debido a lo cual el otro nunca supo lo más mínimo de aquellas sensaciones, de aquellos sentimientos. Nunca hicieron caso a sus impulsos al respecto. No les hubiera parecido correcto, ya que Marta era la novia de Daniel.

A Marisa no solamente le caía bien Daniel. Y no solamente le gustaba de verdad. Más que eso: en cuanto lo conoció pensó que era su tipo de chico. Daniel era inteligente, tenía bastante cultura general, era tímido, era tipo intelectual y a la vez artista... Pero claro, Daniel era el novio de Marta, su mejor amiga, así que no había nada que hacer. Los novios de las amigas hay que respetarlos, porque si no esto sería el caos.

A Daniel también le gustaba Marisa, pero prefería no fijarse demasiado en ella para no pasarlo mal. (Marisa estaba buenísima, para qué negarlo, pero esa chica era la amiga de su novia, por tanto tocaba que fuera para otro. No había que querer todo lo bueno para uno mismo.)

También a Andrés le gustaba Marisa. Pensaba, al igual que su amigo Daniel, que estaba «súper-buena». Y Andrés también parecía gustarle a Marisa. Lo encontraba guapo e inteligente. Un chico con carácter, un joven con mucha energía. Uno de esos que sirve para líder de grupo.

Marisa no veía problema alguno en salir con Andrés, en ser novios. Así serían dos parejas de amigos que salen juntos de marcha: Marta y Daniel, y ella y Andrés. Pero no, no podía ser. No iba a ocurrir. Andrés no atacaba nunca porque a él no le parecía correcto intentarse ligar a la mejor amiga de la novia de un amigo como Daniel. No haría nada, para evitar tensiones insospechadas.

Uno se puede sentir similar a sus amigos, con ideas por el estilo, y darse cuenta, sin embargo, de que ha tenido una historia distinta a la de ellos. De eso se percataban Daniel, Hugo y Andrés cuando reflexionaban acerca de cuán distinta era la procedencia de cada uno de ellos respecto a la de los demás, y, sin embargo, eran amigos. El presente podía hacer de ellos personas hasta parecidas.

Andrés era el segundo de cuatro hermanos, dos hermanos y dos hermanas. No era mal niño, de pequeño, pero, a juicio de sus compañeros del colegio, a veces era un poco «chulito». En ocasiones notaban en él una agresividad que parecía salirse de lo normal. Gustaba de hacer bromas a los demás «sin mala intención», pero frecuentemente llegaba a insultarlos, también «sin mala intención», hasta que al final, no controlaba nada, con lo cual acababa peleándose y seguía queriendo tener la razón hasta el último momento. Según su punto de vista, siempre había empezado el otro, ya que lo suyo había sido una broma sin importancia (sin mala intención). Curiosamente, la mayoría de las veces se peleaba con otros que eran, aunque de su misma edad, más grandotes que él. En eso era valiente, no se podía negar, aunque acababa llorando, casi siempre, de rabia. Eso de perder peleas no le sentaba pero que nada bien.

Aunque era muy listo, nunca sacó notas que impresionasen a nadie, porque era de esos que son inteligentes pero más bien vagos. No estudiaba apenas para los exámenes, lo dejaba todo para el último día. Aprobaba porque tenía muy buena memoria, simplemente. Como no estudió nunca, no pensó en ninguna carrera universitaria a la que enfrentarse, y, a pesar del disgusto de sus padres, buscó trabajo enseguida y abandonó los estudios cuando estaba a punto de acabar el bachillerato. Y ahí se quedaron. Sus estudios y sus padres. Se fue del hogar familiar en cuanto fue mayor de edad. Ya llevaba meses trabajando y tenía algo de dinero. Le gustaba sentirse fuerte y preparado de cara a enfrentarse con el mundo.

El carácter de Hugo era muy diferente al de Andrés. Hugo era simpático y tolerante. Hasta se mostraba protector con los demás, tanto con los chicos como con las chicas. Era la típica persona a la que puedes contar un problema, sea cual sea éste, porque te va a comprender y te va a apoyar. Uno se sentía siempre bien cuando hablaba con Hugo. Fue el líder indiscutible de su instituto. Era popular y muy majo, todo un

relaciones públicas. Fumaba algún canuto de vez en cuando, vestía raro, más moderno que los demás, decía cosas interesantes en clase de ética, traía siempre información fresca acerca de las diferentes tribus urbanas y cultura de grupos musicales... y se llevaba a todas las tías de calle. Todas iban detrás de él, porque a esa edad los demás, los otros alumnos de su clase, eran niños aún. O ellas los veían así. Iguales por fuera que por dentro. Y aburridos. Sus madres decidían todavía qué ropa tenían que ponerse y como tenían que peinarse. Así, el pelo hacia abajo, con flequillo estilo Beatles. Pero Hugo no. Hugo era guay. Iba con el pelo revuelto a clase; vestía camisetas que desteñía él mismo con lejía, a modo de decorado; llevaba pantalones rotos, cosidos con imperdibles; lucía amplias camisas pintadas a brochazos postmodernos; fardaba con sus chaquetas de cuero, que provocaban admiración... Aparecía en clase con el pelo teñido de rubio durante un mes, y al mes siguiente su cabello era de color rojo cantón. Se afeitaba las sienes... Todo el invierno vestía de negro. Solamente él era ya un chico para ellas, los demás solo niños. Era un muchacho interesante. No se cortaba a la hora de hablar con el sexo opuesto. Las trataba como se trata a un igual. Y a ellas eso les encantaba.

Daniel no estaba para los unos ni para las otras. No estaba para pelearse con los demás ni para hacer migas con ellos, y tampoco fue detrás de las niñas, ni en el colegio ni en el instituto. Era un pelín... no antisocial, pero tal vez sí asocial. No necesitaba demasiado del exterior: oxígeno, agua, comida... Vivía en un mundo aparte, como los artistas, como los poetas, en su mundo particular. Eso era él: el poeta de la clase. De hecho, en clase de literatura sus escritos eran siempre los primeros que se leían para todos, cada vez que se llevaba a cabo una actividad de creación literaria. Daniel era el sabelotodo. Se le podía preguntar cualquier cosa. Sus notas eran envidiadas. En eso tuvo suerte con las chicas: al causar unánime admiración, ellas se sentían atraídas por él. A todas les apetecía cruzar alguna palabra con el artista del instituto.

Andrés, Hugo y Daniel se conocieron compartiendo piso. Daniel puso un anuncio en la facultad cuando comenzaba estudios de magisterio. Buscaba dos personas con las que compartir un alquiler. Llamaron Andrés y Hugo, ninguno de los cuales era estudiante universitario. Enseguida se instalaron los tres en un piso grande y antiguo de Palma y nació entre ellos una gran camaradería. Aquella casa se convirtió en una zona de debate continuo en la que se podía llegar a oír hablar de cualquier tema sin problema alguno. Y lo que mejor hacían era hablar de sus relaciones sentimentales. Cada cual hablaba de sus experiencias. Andrés llevaba bastante tiempo sin comerse un rosco. Hugo estaba solo porque quería estarlo, en ese momento, tras una relación que parecía haberle dejado algo tocado emocionalmente, y Daniel comenzaba a tontear con una tal Marta, compañera suya de la universidad.

Pocos meses después, Daniel dejó el piso. Se había quedado sin trabajo y tenía que volver a casa de sus padres. Ellos lo aceptaban siempre que siguiese con sus estudios, que era lo único que para ellos era importante. Andrés y Hugo siguieron en la vivienda compartida, pero buscaron un nuevo compañero para repartir gastos. Un señor alemán tímido, de casi sesenta años, que trabajaba de ayudante de cocina, fue a ocupar la habitación que había dejado Daniel. Su nombre era Uwe. A los chicos les hizo gracia, porque se pronunciaba «uva».

Daniel no sabía ligar. Cuando se lo proponía no lo conseguía. Nunca. En eso era igual que Andrés. Pero, mientras que Andrés ensayaba métodos y posturas para resultar más seductor, Daniel simplemente era él mismo y tenía suerte: eran ellas las que se lo ligaban a él. Cuando interesaba a alguna chica ella venía y se lo llevaba de la mano. Y como a él le gustaban todas, normalmente se dejaba hacer.

Con Marta todo fue especialmente mágico. Ambos habían tenido alguna relación antes, algún noviazgo duradero, y ya sabían qué les gustaba del mundo: hacer algún viaje de vez en cuando, irse de excursión, cenar una pizza a medias...

Y pasaron bastantes meses de enamoramiento del bueno. Y la pareja fue feliz durante ese tiempo. Después, como si sus sentimientos hubiesen caducado, Marta comenzó a mostrarse algo indiferente hacia todo. Parecía aburrirse, de repente, con Daniel. Él empezó a preocuparse: su relación estaba llegando a un punto al que también habían llegado sus relaciones anteriores. La sensación ya le sonaba. El ambiente se repetía. Le resultaba desagradablemente conocido y molesto. Y notaba que, por lo que fuera, el problema era él. Y no podía cambiar o no sabía qué era lo que tenía que cambiar, cómo cambiar.

Te entregas y al final te poseen... y después ya las aburres. Eres tan bueno que llegas a parecer tonto y dejan de quererte. Pasa lo de siempre: acaban yéndose con otro, saldrán con el borde de turno, como en las películas de los 80, mientras las buenas parejas fracasan. Los buenos tipos no suelen tener suerte en el amor. Pero a la larga ellas tampoco, porque a veces se topan con el infierno de los maltratos, de los putos maltratos, ese puto agujero. Y caen dentro. Pero es que no distinguen un tesoro de un montón de mierda, y acaban dejándose seducir por el más cabrón. Y a ti, que eres un trozo de pan, que darías la vida por ellas, que jamás les harías ningún daño, que matarías al que las lastimara, acaban dejándote tirado. Porque eres guay. Se te puede dejar tirado como a un perro porque eres guay y no se lo vas a tener en cuenta. Lo vas a aceptar. No les harás la vida imposible. Eres un aliado de su libertad. Eres el tío moderno, su compañero, el que podría funcionar como su colega, su amigo... De todo menos su pareja. Su pareja no. Ellas buscan otra cosa más imponente. Y te quedas solo, de nuevo. Y por una parte te quedas en un rincón sin creértelo, destrozado, sin dejar de llorar por dentro y

notablemente triste por fuera. Y por otra te empiezas a acostumbrar a quedarte solo, porque te estás acostumbrando a que siempre sean ellas las que te dejan a ti. Al final se aburren y dejan de quererte. O sí, te quieren, como a un amigo, como a un hermanito pequeño, pero te dejan. Estás para eso: para que lloren sus amores pasados en tu hombro y para que al final te dejen tirado. Te utilizan, pero no puedes evitarlo, porque las amas tanto, tanto las adoras, que te encanta que se acerquen a ti (aunque sea para utilizarte). Y, como ya te lo esperas, como ya estás acostumbrado, te da igual. Ya no esperas un amor eterno que te dure toda la vida. Hace tiempo que dejaste de creer en esas tonterías. Te dedicas a disfrutar del precioso inicio de cada relación, sin esperanza de nada más, en el fondo, sin ilusiones que te renueven. Ya eres un especialista de los inicios. Y siempre asoma la sospecha de que la cosa acabará en el momento menos pensado. Eso es todo. Es un realista *Carpe Diem*. Es lo que hay. No falla. Mierda.

El último WhatsApp que Marta le había enviado sonaba mal. Y olía mal. Y tenía mala pinta. «Quiero que hablemos. Te quiero». Buff... Eso le recordaba otros mensajes equivalentes que había recibido en momentos similares en otras relaciones. Cuando ellas soltaban algo así como «tenemos que hablar»... mal asunto. Daniel había hecho algo que no había gustado a su chica (a cualquiera de sus chicas anteriores, en momentos paralelos en la superficie del tiempo) y ya podía analizarse a sí mismo ante ella y explicar los motivos lógicos, y pedir perdón y jurar que iba a cambiar... que no. Incluso eso lo empeoraría. Ya no había vuelta atrás. Ya había sido tomada una decisión. Se notaba mucho. Ahora se buscarían caminos que llevasen a justificarla. Lo que fuese que hubiera hecho siempre era tan importante que merecía que la relación acabase. Era únicamente una excusa como podía haber habido otra, pero lo malo es que lo convencían de que lo normal era aquello, y él, siempre bonachón, lo aceptaba humildemente. «Quiero que hablemos» solía significar «quiero que lo dejemos». Entonces él buscaba sus mejores palabras, su mejor tono, su mirada más tierna e inteligente, y sus razones más consistentes, para explicar que no tenía ningún sentido romper algo que iba bien. Si la cosa funciona para qué pararla, es absurdo hacerlo. Lo normal es que no continúe algo que ya no funciona, que da mal rollo. Por el contrario, lo que está claramente vivo hay que dejar que siga viviendo, claro

que sí. Es de cajón... Pero alguien ya ha decidido que eso no va a ser así. Ya está decidido. Y todo lo que tú digas va a dar igual. Y todo lo que intentes será tiempo perdido. Y si lloras peor. Ahí ya la habrás cagado.

Tomaron un café, el último café, juntos. Él ya acudió con inseguridad a la cita. El «quiero que hablemos» lo había dejado muy tocado. Muy mal. Y ella tenía más energía de lo normal. Estaba a otro nivel. Como si caminase por encima. Como si fuese más alta que él. Como si, de repente, le superara en edad y conociese el camino, mientras que él, al contrario, se estaba perdiendo más y más. El que usa bien un «quiero que hablemos» después tiene ventaja.

La cosa acababa y no había nada que hacer por ella. Y en esos casos el que primero deja al otro gana. Gana reputación, gana energía, y gana tiempo. Daniel le preguntó a Marta si es que había otra persona y ella no mintió: realmente no había nadie. Pero Marta no veía sentido a seguir con Daniel. Él la había ayudado a olvidar a Toni, su primer novio, un chico al que había querido mucho, varios años, pero que al final la había abandonado, sin motivo aparente: para que fuesen libres (porque eran demasiado jóvenes para atarse), porque consideraba que ella valía mucho más que él, y porque (esto no lo confesó nunca) hacía tiempo que se lo montaba mejor con otra. En fin... Marta se dejó invitar al café y se despidió de un Daniel empequeñecido y lloroso, tras desearle suerte. Quedaron en que ya se verían. Y se vieron al día siguiente. Y al otro. Y al otro...

Él sabía de sobra que no lo estaba haciendo bien, sin embargo no era capaz de hacer otra cosa. Era como si la presencia de la chica fuera para él adictiva, y él estuviera cada vez más enganchado. Iba mal.

Daniel sintió que lo perdía todo y que no podía hacer nada por evitarlo. Ese tren en que viajaban sus ilusiones se alejaba, cargado de buenos momentos. Marta iba dentro, y él no podía subir. Se sintió poseído por una enorme tristeza que no hubo manera de controlar. Lo dejaba en dolorosa penumbra. Ese sentimiento era para él, era suyo. No había escapatoria posible. Se alejaba todo lo vivido en los últimos meses. Se iba el amor, todo el cariño que sentía por su chica, de repente no valía nada. También se iba el sexo, esa comunicación que había, que hubo y ya murió, entre los cuerpos. Tantas cositas, tantos mimos, tanta hambre saciada. El aprovechar algunas franjas horarias en que podían estar solos en casa de los padres de ella, era una simpática estrategia que ya no significaría nada, no tendría sentido. Ese modo de ser adultos en pareja. Esa complicidad para todo... ya no estaría. Ya no estaba. Todo quedaba interrumpido, tal vez para siempre. De repente le asaltaban los recuerdos, recuerdos de sonrisas, de risas, de escenas diversas. El día que los empapó la lluvia, las noches en que hablaron hasta las tantas en algún pub, aquel concierto, aquella conferencia, las tardes de cine, las noches de teatro... Dolía. Dolía mucho. Y que todo fuera olvidable también dolía. Marta se va. Marta me deja. Me dice que me quiere pero me está dejando. No. No puedo.

A cada momento le asaltaban las ganas de llorar, y sin embargo no lo hacía. No quería hacerlo.

Todo a su alrededor, si ya Marta no era su novia, valía menos, mucho menos. No tenía valor alguno. Sin ella todo daba igual. Todo era sobrante.

Fue poco después de meterse en el agua. Estaban en Cala Pí, en la playa. Caminaron hacia adentro, hacia donde cubría más. Marta vio algo pequeño y esférico que se movía cerca de la superficie. Su cuerpo era bastante transparente.

—Mira esto. Es una medusa pequeña. Pero no tiene tentáculos. Qué raro.

El pequeño animal era de color marrón.

—Bueno —dijo Marisa—, ya sabemos que hay medusas, entonces. Habrá que ir con cuidado.

—No nos iremos muy lejos —pensó Marta en voz alta—. Por si acaso. ¿Te parece?

Otros bañistas que pasaban por ahí, vieron la pequeña medusa. Alguien la cogió sin tocarla directamente, metiéndola en el hueco de unas gafas de bucear y la arrojó lejos, hacia las rocas del lado izquierdo de la playa.

—Si os pica alguna medusa id al socorrista. Os lo curará con bicarbonato —dijo un chico.

—De acuerdo. Gracias.

Comenzaron a nadar.

—¿Vamos hacia esas rocas? —preguntó Marta mirando un lateral de la playa.

—Vale.

Fue moverse hacia allá únicamente un par de metros... y el repentino grito de la chica se oyó desde la orilla. Algo se había agarrado a su brazo izquierdo. Fue tan solo un instante, pero, aparte del dolor provocado por algo así como hilos que ardían y habían agarrado su piel, por un momento, a Marta le había hecho gritar el sobresalto. Menudo susto. Aquello no se lo esperaba, ya que habían estado mirando el agua cautelosamente todo el tiempo. Estaba claro que acababa de picarle una medusa. Lo sabía, aunque nunca le había ocurrido hasta ese momento. Pero no llegó a ver al animal por ninguna parte.

—Jolín... —Marisa sonreía—. ¡Vaya grito has pegado!

—¿Se ha oído?

—¿Que si se ha oído, dices? No solo yo: te tiene que haber oído media playa. Ha sido una medusa, ¿no? ¿Tanto te ha dolido?

—O sea... sí, escuece bastante. Pero el grito ha sido por el susto que me he llevado. De repente, algo me ha agarrado el brazo. Ha sido rápido, como si me mordiesen.

—Ves al socorrista. Supongo que tendrá algo para curártelo.

Se acercaron, saliendo del agua, hacia la torre hecha con troncos de madera bajo la cual un chico con camiseta blanca y pantalón corto de color rojo hablaba con un grupito de gente.

—Puede que a esos les hayan picado las medusas y él los esté curando —dijo Marta.

—Posiblemente —apoyó Marisa la hipótesis de su amiga.

Llegaron hasta allí. Marta fue la que se aproximó más.

—Entonces, ¿igual con una tarjeta puedo sacar las púas? —decía alguien, que parecía referirse a púas de erizo. Marta imaginó que quien fuera había pisado un erizo de mar y de eso se hablaba. Se decidió a preguntar directamente por lo que le interesaba a ella.

—Hola. ¿Tienes algo para las picaduras de medusa?

El socorrista se giró.

—Sí, claro —respondió. Y enseguida cogió una pequeña gasa blanca que dobló y mojó con un líquido que tenía en un bote blanco.

—Es aquí —dijo Marta señalando la parte del brazo herida.

—Ya, ya. Se ve perfectamente, no te preocupes. Está rojo —el chico la frotó con aquella gasa mojada—. Mira, al menos tienes que estar diez minutos sin que te dé el sol...

—Ponte hielo —añadió alguien que estaba por ahí.

—Sí. Si de noche lo tienes hinchado ponte hielo, para que se baje.

—Vale, de acuerdo. Muchas gracias.

Marta y su amiga caminaron descalzas sobre la arena caliente hacia donde habían dejado sus cosas (una par de bolsas con agua, comida y dos libros, dos toallas extendidas sobre la arena, la ropa que se habían quitado y la sombrilla que habían clavado en el suelo un rato antes, nada más llegar).

—¿Tiene muy mala pinta esto? —la chica herida mostraba el trozo de brazo que no veía, que era precisamente donde se hallaba la escoce-dura producida por la medusa.

—Te han salido unas marcas blancas. Ahora se ve perfectamente dónde te agarró la medusa. ¡Pues sí que era larga...! —respondió Marisa.

—Sí. Los tentáculos suelen ser larguillos... Pero aún así estoy convencida de que era una medusa pequeña.

—¿Te duele?

—Hombre... me escuece un poco. La verdad es que sí.

El sol calentaba intensamente. Cogieron sus libros y leyeron con ganas hasta adormecerse.

Los bares eran lugares estupendos para hablar. En ellos podía improvisarse, entre amigos, tertulias y debates más interesantes que los de muchos programas nocturnos de televisión. Daniel, Hugo y Andrés estaban en su salsa en esos sitios, sobre todo cuando había algo de humo y cerveza para beber.

Los tres amigos pidieron otra ronda.

—Te veo muy mal, Daniel —Andrés lo miraba a los ojos.

—¿Por...? —era un monosílabo pasota en sus labios.

—Sí —dijo Hugo—. Yo también te veo un poco flojillo, chaval...

—Es que esa tía... —explicó Daniel.

—¡Pues pasa de ella de una vez! Es que siempre haces lo mismo... En tu caso siempre es «esa tía», alguna tía. No sabes cuándo has de cortar. Has de cortar en cuanto empieza el mal rollo. Te quedas hasta el final, como si el mundo te diera miedo, y eso no puede ser. El amor se acaba en algún momento, y tú no lo quieres admitir. Y eso es algo que se ve a menudo en las relaciones que tienes. Acabas haciendo el colgado. Perdona que te lo diga, pero es la verdad, tío. Cortan contigo, siempre ellas te dejan, y luego insistes, quieres seguir, quieres volver... Parece que pides limosna. Entonces aprovechan y te dejan hecho un puto guiñapo—. Andrés hacía movimientos de negación con la cabeza. Daba a entender que algo a lo que se estaba refiriendo era inadmisibile.

—¿Tú crees? Yo simplemente lucho por el amor. Yo es que no dejo que el sentimiento se muera. Yo cuando quiero a una persona la quiero de verdad. No voy a mostrarme como si me diera igual que una se quede o se vaya de mi vida, porque no me da igual. No lo puedo dejar morir.

Hugo bebió un trago de su botellín de cerveza. Escuchaba atentamente. Parecía tener más empatía que Andrés. Dio un par de caladas al cigarrillo que sujetaba mientras reflexionaba acerca de lo que estaba oyendo.

—A ver, Dani... eso está bien. Y me da rabia porque yo he sido como tú, muy como tú. Entiendo perfectamente lo que nos estás contando. Pero a veces ese amor tan hermoso que no quieres ver morir no es más que una puta pelota que te montas tú mismo... No existe. Solo amas tú, así que eso únicamente existe en tu cabeza. Es irreal, coño. Es decir: el amor es mutuo o no existe. Puedes correr el riesgo de estar luchando por algo que ha muerto hace tiempo y no lo quieres reconocer

porque tienes miedo de seguir caminando solo. Yo hacía eso mismo, era como tú. Pero no está bien hecho. Como máximo darás pena. Y si una chica no te deja por pena... mala cosa. Mal negocio haces. Si no flipa contigo, si no te adora tanto como tú la adoras a ella, mejor que lo dejes estar. Claro, puedes creerte eso de que seréis amigos. Pero amigos de los que no se ven nunca. Eso seréis.

Daniel miraba la mesa. Cogía cosas y las volvía a soltar. Jugaba con ellas. Agarraba un sobrecito de azúcar vacío, lo doblaba y redoblaba hasta que quedaba de él un cuadradito pequeño de papel blanco. Luego lo desdoblaba totalmente y entonces lo enrollaba en torno a uno de sus lados, haciendo un pequeño cilindro alargado con él. Al final se cansaba del papelito y lo depositaba en el cenicero, tras apretarlo repentinamente y dejarlo hecho una bola. Cogía luego la cucharita del café con leche que había pedido y daba golpecitos con ella sobre el platito blanco en que se apoyaba la taza...

—¿No creéis entonces que el enamoramiento es contagioso? —acababa preguntando Daniel a sus amigos—, ¿no creéis que las palabras pueden arreglar una relación que ha enfermado? ¿No tenéis esperanza? ¿Creéis que los sentimientos hacia los demás son de quita y pon?

Andrés y Hugo se miraron.

—¿Lo ves? —preguntó Andrés a Hugo— ¿Te das cuenta?: solamente dice tonterías. Ha leído mucha novelilla romántica, me parece.

—No, no, Daniel —continuó Hugo, protector—. En serio. Si la otra persona quiere irse has de dejar que se vaya. Hazme caso: si quiere algo de ti, tranquilo, que ya te buscará ella. Hay que tener dignidad. Al final acabas haciendo totalmente la pelota a alguien que no te paga para ello. Y peor aún: en muchos casos se acaba agobiando al otro. Es como un tipo de acoso, diría yo.

—Pero si no quiere quedarse no va a volver. Y si soy yo el que quiere que no se vaya tendré que expresarlo, ¿no? Tendré que seguir luchando. Tendré que seducir, que intentar ligármela de nuevo.

—No, porque eso era el enamoramiento. Ya fue mutuo, o ya uno se ligó al otro al principio. Eso no va a volver a ocurrir. El enamoramiento ya pasó. Y el problema parece ser que tú sigues queriendo a la otra persona pero la otra persona ya no te quiere a ti. Por tanto lo mejor es que se vaya. Hazme caso. No has de hacer el ridículo. No eres un perrito

faldero. Además, ya te digo: ahí es donde, si te descuidas, comienza una especie de acoso, en ese momento. Y no lo ves. No lo entiendes. Crees que vas a convencer a la otra persona de que vuelva contigo y sigues intentándolo. Y no, no, ¡no!: ¡solo agobias! ... Y si no agobias, ya, como máximo, se irán contigo como si fueras un amigo más, cosa que uno en el fondo no quiere. No aceptarás esa nueva realidad. Siempre vas a acabar buscando algo más, y así molestas, además de pegarte tú el batacazo. Tu problema es que parece que te crees que ellas valen más que tú.

—Puede ser —Daniel conseguía sonreír—. Yo las adoro. Lo doy todo.

—Pues, no sé. No te regales tanto a los demás, que no te lo van a devolver. (Igual es que no eres capaz de otra cosa, claro.) Pero al menos date cuenta de que no son mejores que tú. Si ella, quien sea, se va, tú te quedas sin ella, pero ella también se queda sin ti. Déjalo así y no lo estropees, por favor.

—Pero es que además a él siempre lo dejan tirado por una razón especial —intervino nuevamente Andrés—. Daniel es especialista en ligarse tías raras, que aparecen sentimentalmente heridas. Las coge, las cuida... Es de esos que no soporta ver llorar a nadie. Normalmente la gente se enamora de personas felices que irradian buen rollo, pero a Daniel le gustan las raritas. Se suele juntar con tías a las que acaba de dejar el novio, o que lo han pasado muy mal en la última relación que han tenido.

—Uy —Hugo señaló así el peligro—, no me digas... Esas no...

—Esas son precisamente las preferidas de este máquina. Por eso lo vemos como lo vemos —prosiguió Andrés con su explicación—. Las recoge hechas polvo, y, por supuesto, ellas lo dejan hecho polvo a él.

—Yo ayudo a la gente si puedo —protestó Daniel—. ¿Es que vosotros no?

—No sé... —contestó Hugo encendiendo otro cigarrillo.

—Fumas como un carretero, cabrón —le riñó Andrés.

—Ya. Cuando el tema es interesante no lo puedo evitar. Mira, Daniel: uno se ayuda a uno mismo. Una tía a la que le han hecho daño te hará daño a ti. Seguro. Es de cajón. Mejor dejarlas en cuarentena. Las que saben de qué va el rollo también lo hacen con nosotros: nos quieren solamente cuando tenemos energía positiva, como es lógico, no son

tontas, no nos quieren lloriqueando. El olvido del amor se cura en soledad, como dice la canción aquella antigua. Cuando una tía va cargada de veneno, o la han tratado mal, o lo que sea, si es reciente y te juntas con ella, va a descargar lo que lleva dentro contigo. Tú estás haciendo de psicólogo, de hermana mayor, de súper-colega. Sabes que eso la ayuda. Necesita que alguien la escuche y a ti te encanta hacerlo, porque de paso te enteras de lo que ocurre en otras relaciones. Pero al final sí que le has servido de psicólogo. Y se quitan peso de encima que a veces tú no sabes cómo deshacer. Te hará daño sin querer. Pero suele ocurrir. Tú no les has hecho nada malo. Das lo mejor de ti, pero, de repente, ella te pega un corte que te cagas. Te hace algo que no esperabas. Y flipas. Sabes que no te lo mereces. Pero te ha llenado el cuerpo de veneno. Lo cierto es que tú ibas buscándolo, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Tú querías ese veneno, no Daniel? Lo sueles querer, ¿no?

—¡Que sí!

—¿Para qué, tío?

—No lo sé. Para vencerlo, para neutralizarlo... Me contamina de mal rollo para ayudarlas a salir adelante.

—Ya. Pues eso. Ella ya está limpia. Y se irá. Y tú crees que te va a querer mucho porque realmente eres tú el que la has ayudado, la has limpiado, la has cuidado. Pero ella no lo siente igual. Te deja y se llena de energía haciéndolo. Se siente fuerte y madura porque es la que ha tomado esa decisión (la de cortar). Y te olvidará, no te va a querer, porque uno se olvida de los médicos y enfermeros que lo curan en el hospital. Los cuidados que te dan, el amor, si es que es amor, lo que te dan, no lo pagas con amor. Ese amor no se devuelve. Les das las gracias o les regalas una caja de bombones, como mucho...

—Hazme un favor —cortó Andrés a Hugo.

—Dime —contestó Daniel.

—Deja de llamar a Marta cada día, que supongo que lo estarás haciendo...

—Lo intentaré —respondió Daniel sin mucho convencimiento.